

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El 3 de marzo del 2009, a las 13:58 horas, el Archivo Municipal de Colonia se vino abajo. Alrededor del 90 % de su fondo documental quedó sepultado por el edificio colapsado. Cinco años antes, el 2 de septiembre del 2004, un incendio había asolado la biblioteca de Anna Amalia en Weimar. El coste de la reconstrucción fue valorado en 67 millones de euros, de los que 35 correspondían a la restauración y la sustitución de ejemplares.¹ No se trata de casos únicos. La negligencia, el fanatismo o la naturaleza se ceban con frecuencia en el patrimonio documental. Según datos poco fiables, pero no por ello inverosímiles, el número de libros destruidos en la segunda guerra mundial superó la cifra de 200 millones de volúmenes. Durante el conflicto, miles de archivos fueron destruidos en Europa y Asia. El incendio de 1940 en el Palacio de los Arzobispos, en Alcalá de Henares, destruyó gran parte de la historia administrativa de España en el siglo XIX. Más recientemente, en la noche del 24 de agosto de 1992, un ataque con granadas de mortero y bombas de fósforo calcinó alrededor de un millón de volúmenes en la Biblioteca Nacional de Bosnia. En los años siguientes, los hongos y las difíciles condiciones de una ciudad sitiada acabaron convirtiendo en pulpa de papel buena parte de lo rescatado. Pero, aunque el expolio causado por el hombre es impresionante, el poder devastador de la naturaleza es aún más aterrador. Importantes archivos y bibliotecas de Europa central quedaron arruinados después de las inundaciones del 2002 y, en Chile, el terremoto del 2010 causó daños graves en el 30 % del patrimonio arquitectónico censado en las regiones de Valparaíso y el Maule. Aunque no todos los siniestros tienen las proporciones del terremoto de Haití o el huracán Katrina, las catástrofes

¹ *Help for Anna Amalia* [en línea], <www.anna-amalia-library.com/en/afterbrand.html> (acceso: 25/10/2010).

del 2009 —con solo dos huracanes graves— costaron a las aseguradoras 22 billones de dólares, cifra muy inferior a los 44 billones del 2008 o los 110 estimados para el año 2010.² Ciudades y regiones enteras arrasadas, infraestructuras vitales afectadas, innumerables pérdidas materiales y cientos de miles de víctimas. Y no deberíamos olvidar que, a diario, suceden pequeños accidentes, sabotajes, incendios e inundaciones en archivos de todo el mundo que generan problemas de funcionamiento, cuantiosas pérdidas económicas y mermas en el patrimonio histórico. Por su tamaño discreto, no aparecen reflejados en las estadísticas, pero sus efectos reunidos equivaldrían a una gran hecatombe.

Hasta hace pocos años, se consideraba que la destrucción masiva del patrimonio durante los desastres era una fatalidad del destino contra la que poco o nada se podía hacer. La inundación de Florencia, en 1966, marcó un punto de inflexión y el nacimiento de una nueva conciencia que creía posible prever los desastres y encararlos con buenas expectativas de recuperación. Poco a poco, la idea fue calando en el ámbito de los archivos y, hoy en día, nadie duda de que es posible prevenir la incertidumbre, el caos y la desorganización causados por los siniestros mediante un riguroso proceso de planificación. Así pues, lo que ha venido a denominarse *gestión de catástrofes* o *planes de protección de colecciones ante emergencias* no es más que un proceso de gestión más o menos estandarizado en el que el archivo, tras evaluar los riesgos, puede introducir mejoras para reaccionar adecuadamente y minimizar los daños asociados a situaciones de emergencia.

La literatura sobre planificación de desastres es enormemente amplia, y hoy no es muy complicado recurrir a ella para preparar un plan sencillo. Sin embargo, para que sea realmente eficaz, debe ser desarrollado desde el propio centro, teniendo en cuenta sus condicionantes técnicos, humanos y materiales, es decir, considerando la personalidad de cada archivo. Y los modelos, el recurso más sencillo para trabajar en planificación de desastres, son, por desgracia, difíciles de adaptar a una casuística tan amplia.

No hay dos casos iguales. Algunos archivos (pocos) son edificios modernos que nacieron con la finalidad de alcanzar una preservación óptima. Disponen de recursos económicos amplios y suficientes, medios humanos y una clara separación de espacios y tareas. En el extremo contrario, una masa de archivos

² *Insurers' disaster costs to surge, SwissRe says* [en línea], <www.bloomberg.com/apps/news?pid=newsarchive&sid=a.usbqUub5A0&pos=6> (acceso: 25/10/2010).

pobres, sin personal preparado, arrumbados en locales con problemas arquitectónicos, graves dificultades de organización y difícil acceso a lo más básico subsiste sin grandes expectativas de futuro. Y, entre estos extremos, tenemos instituciones en las que la vocación de sus trabajadores suple la falta de recursos y sus espacios logran a duras penas un equilibrio precario entre las necesidades de conservación y la supervivencia. O, también, archivos en expansión, que partieron de situaciones difíciles y han llegado a niveles de eficacia que, sin estar dentro de lo que calificaríamos como extraordinario, se acercan a la excelencia. Salvando los primeros, en los que las necesidades de preservación son asumidas como una estrategia, implantar una conservación mínimamente viable es harto difícil y, los planes de desastre, una quimera.

La intención de este manual no es aportar más información sobre un asunto que ha generado una explosión bibliográfica sin precedentes en el mundo de la conservación. Tal vez, hace solo diez años estaría justificado por el difícil acceso a una literatura que circulaba de forma muy restringida, pero la revolución digital ha abierto puertas por las cuales es fácil perderse en un mar de recursos al alcance de un simple clic. Una sencilla búsqueda con un rastreador de Internet facilitará magníficos resúmenes y trabajos de gran interés, informaciones detalladas sobre sistemas de extinción, normativas de seguridad o los métodos más eficaces para secar todo tipo de documentos mojados; informaciones precisas y amplias para la preparación de planes de siniestros, manuales detallados e, incluso, sitios web en los que es posible desarrollar un plan personalizado. Pretender superar su calidad repitiendo lo ya dicho sería un ejercicio imperdonable de inmodestia y falta de honestidad. Pero lo cierto es que la literatura sobre gestión de desastres en archivos tiene un marcado carácter anglosajón y su aplicación en el contexto de los archivos de otros países es difícil por las diferencias y las dificultades estructurales, culturales y económicas. Por ello, sería deseable encontrar un punto de conexión entre lo que debería ser y lo que realmente podemos hacer cuando decidimos abordar el desafío de mejorar nuestros archivos para hacerlos más seguros. Nuestro deseo es ofrecer una herramienta accesible para que los responsables de la gestión de los archivos puedan analizar su situación frente a los riesgos, valoren alternativas y utilicen los medios más adecuados a su alcance aplicando medidas eficaces y cercanas.

El desafío es difícil, pero no imposible. Comprometerse es el primer paso. Sin motivación, establecer un plan de siniestros es inviable. Solo se generarán resultados venciendo las trabas y aceptando el esfuerzo y la carga adicio-

nal de trabajo. Ser constante, el segundo. El proceso de planificación exige el desarrollo de una serie de pasos que deben completarse y revisarse. De nada servirá que se evalúen concienzudamente los riesgos y se establezcan medidas si después no se va a revisar el trabajo o no se va a implantar por falta de tiempo. Finalmente, ser riguroso, pero flexible, es el tercero. Ser riguroso en los pasos que hay que desarrollar, en el estudio de los riesgos o en la selección de los medios, pero también flexible para saber renunciar a lo imposible aunque atractivo, por impracticable. En numerosas ocasiones, la difícil realidad se impone, pero, incluso en estos casos, hacer algo es mejor que lamentarse por no haber hecho nada.

El manual se estructura en siete pasos: aceptar el desafío, conocer los riesgos, conocer el archivo, incrementar la seguridad, conocer e implantar medios de protección, localizar los recursos y actuar para paliar los efectos del desastre. Cada uno comienza con una breve explicación para contextualizar el capítulo y, a continuación, se proponen diferentes medidas que hay que valorar, en las cuales se hace hincapié en el uso de cuadros-resumen³ o, simplemente, en la proposición de formularios que permitirán, de forma sencilla, evaluar los puntos que se deberían considerar en cada apartado. Dado que es imposible recoger todas las opciones, las propuestas del autor solo se exponen a modo de ejemplo y deben ser corregidas o matizadas. El método se basa en trabajos anteriores del autor, en especial los cuadros publicados en *La planificación de desastres en archivos: planes de emergencia y protocolos de actuación* editado por Víctor Bello (Las Palmas de Gran Canaria: Anroart Ediciones, 2006) y «Los planes de desastres en la práctica», en *La memoria quemada*, coordinado por Vicente Vergara Peris (Valencia: Biblioteca Valenciana, 2009). Para obtener información adicional, se recomienda su consulta.

Este trabajo no habría sido posible sin el auxilio de numerosos colegas y amigos que me han ayudado a conocer y valorar la importancia de los archivos y los fenómenos de destrucción asociados a los desastres. Sin el apoyo de Ana y la alegría de Alma, jamás habría tenido fuerzas para salir del pozo. Mariano Caballero ha demostrado reiteradamente su amistad y su paciencia sin límites en los momentos difíciles. Sus interesantes y divertidos puntos de

³ Una aclaración respecto a la numeración de los cuadros y los formularios: para facilitar su búsqueda, se ha optado por utilizar la del epígrafe y no una correlativa que exigiría su búsqueda en el índice de cuadros.

vista son siempre enriquecedores, como también lo han sido los de Luis Crespo y Javier Tacón, magníficos popes de la conservación en España. Bedita Islamovic y Nermin Ibrulj me enseñaron que, ante el sufrimiento por el patrimonio perdido, solo cabe su reconstrucción. Con Domingo Magarito me inicié en el rescate de libros mojados. Del grupo de bomberos de Ciudad Patrimonio de la Humanidad he aprendido mucho más que de los autores a los que suelo citar y, en especial, de Fernando Rodríguez y Pablo Muñoz, que se han empeñado, sin éxito por el momento, en quemarme las pestañas en una cámara de *flashover*. Y, por supuesto, de las opiniones, los consejos y las aportaciones de mis amigos archiveros. Ellos me han abierto a la realidad escondida por los libros.